

MI BUHARDILLA

Alvaro Amaya



Capítulo 1

MI BUHARDILLA

Relato Breve

Mi buhardilla en la pequeña terraza sin luz que simula patio, en el último piso del decrepito y viejo edificio, que sólo tuvo pintura cuando fue construido, está en el barrio antiguo de la ciudad. Suben los oscuros y fríos peldaños de granito y al pasar del tercer piso y ver hacia arriba, la mirada tropieza con el techo.

Desde ese oscuro y descascarado cielo, el tubo de neón ennegrecido de cagadas de moscas, lanza la aburrida y triste luz que induce al estupidizante sopor de la indiferencia. Siempre repetimos limpiarlo pero no hacemos nada.

En mi ausencia la oscuridad disuade aventurarse por allí. No hay puertas porque nadie del edificio quiere subir conmigo, sólo mis amigos, los de siempre, los fijados en mis lecturas que son las suyas.

Tener veinte años y leer para discutir filósofos de antaño, es aberración precoz de la que no tiene remedio ni tampoco el consuelo de llegar a conclusiones. "Es que discutir nos acelera la vida y no porque queramos perforarla, la apuramos porque queremos huir de ella", quiso explicar una vez Tavo.

Sí, ya sé, no me lo digan. Deberíamos ser como todos, reventar ahumados con marihuana o hacer el amor hasta la náusea mientras oímos a Jetro O`Toole, pero así somos. Preferimos nicotina, intuir para describir y que Mozart nos oiga cuando hablamos.

Sobre mi cama echada de espaldas sobre el suelo porque carece de patas, todos nos tiramos a vaciar la vida que a tropezones, nuestro inexperto entendimiento traduce. Presumimos alambicar para sedimentar pero nadie se engaña. Solo araños.

La buhardilla es un collage de ideas, de visiones y vivencias siempre presentes. No puedo ver esta almohada sin pensar en la Zobeida y en su ansioso afán de vivir, en su desesperado deseo de experimentar la existencia como un vibrar se sensaciones clitoricas como ella nos dice.

La tarde que fija imagen la recuerdo, tenía ésta almohada acurrucada contra su pecho como se tiene a un gato. En subconsciente busca de esencia, se tocaba los huesos con las manos desnudas mientras decía pensando, o tal vez al revés, pensando decía: "Si vivimos por vivir, sin

usar el coco, ¿Qué nos queda?”.

Por parca y reprimida, esa fue la triste y compacta expresión que no pudo con el enredado agobio de su mente.

Hoy, la almohada está sola, arrugada y apaciguada de manoseos.

Apoyada contra la pared me mira y me repite tristemente, ¿Qué nos queda?... ¿Qué nos queda?...¿Qué nos queda?...¿Qué nos... Tiempo, pasado, presente, futuro, tiempo, todo está aquí comprimido. Las cosas no tienen tiempos, son, están, nos viven robando el cerebro, preservando vida y atesorando lo que pensamos para después hablarnos sin decirnos nada.

Me entristece cuando reiteran lo que sentimos porque con eso soy miseria de respuestas.

Incremento angustias cuando digo.

¿Y esta regla, separador de páginas? Fue ella quien exaltado me hizo escribir: “¡Altivo lobo soberano, bólido del infinito, rechazo del incoloro, amante de la flecha inmortal!” Ahora está seria pero un reflejo la refulge y me dice con triste dulzura: “¿Lo recuerdas? ¡Ah bello Lobo Estepario!”. El mismo que a través de ella sigue hablando: “Persevera, sigue, no desmayes, une tu instinto al intelecto y lánzate que ya tienes tu red”.

Y así, en el tiempo que solo afuera transcurre, Hesse y la Zobeida, Bubber y Tavo, Camus y la Lupe, Alberto y Descartes, Álvaro y Aristóteles, la Luisa Amelia y Locke y hasta Hume, Neruda, Krisna Murti y Cortázar, todos se quedaron en las cosas, ya no morirán.

La cama de maderas y tensa lona blanca, siempre abierta sobre la terraza y que desde la buhardilla veo porque tampoco hay puertas, me penetra, me induce para que en ella piense.

Es un cerebro con las meninges al cielo. ¿Quién de nosotros no recostó sus melancolías, dudas, amores o alegrías sobre su absorbente y llana membrana? Como siempre ve a las estrellas, sabe que la intuición es el secreto de la luz, de la luz que hace que el hombre primero intuya y que después entienda. Ella sabe de los amores que una vez Alberto vertió en los sentidos de la Lupe, los coloquios perdidos que buscaron asideros, en los amores de Tavo y la Zobeida, ella sabe que una vez busqué sentido a mi tristeza en los besos de la Luis Amelia, ella lo sabe y a los que no la ven como cosa, se los cuenta con su silente sonrisa blanca.

Aquí no hay recuerdos, mi reclusa vida y la de mis amigos, vive en presente en ese papel, en ese poster, en esta piel de venado, este cuero-himen, la virginidad perdida de la Zobeida y el chiste que sobre eso

hicimos. La risa recordada tiene menos brillo pero siempre araña el alma.

¿Y tú? ¡Mesa encarnación del burro, opinión cerrada, obtusa opinión que con tus cuatro patas sugeriste la idea! "Hay gente que se cree santa solo porque es escrupulosa", me decís de Bergson pero remedando a Alberto, "Porque fe es algo más que pudor" agrega ese lápiz que se hace el indiferente, sumándose a las palabras que desde las cosas me inciden.

El sabihondo es ese cuaderno que presume memoria solo porque alguien le grabó "... la duda metódica es el asqueroso y cínico método de llevar la vida de hoy. Cuando Descartó el creer, la duda de ese René fue el punto de partida que nos precipitó en la nauseabunda nada de hoy..." Cuando el viento bate sus páginas es seguro que allí es por donde siempre queda abierto y entre nosotros nadie certifica esas letras por no aceptar su existencialismo.

Ocho de la noche.

La luz blanca y triste se monta en las cabezas de las cosas y los miembros quedan a oscuras sugiriendo las formas..., que a veces deforman.

La buhardilla está triste. En el revoltijo de libros, papeles, sábanas revueltas, botellas vacías, la ceniza de cigarrillos, la intacta cajita de preservativos y ropa tirada sobre el piso, se quedó en jirones la conversación de la tarde. Cada palabra se adueñó de cada objeto y ahora éstos revueltos, son partes del rompecabezas de ideas que más profusos que reflexivos armamos. Elque los conoce, sabe lo que tienen en su interior, lo que cada uno puede decir.

Tal vez Tavo, cuando hablaba de lo imposible que es para el hombre alcanzar el inatrapable clímax de su personalidad, miraba fijamente ese zapato tirado de costado y sin saberlo, tal vez a él se lo decía, pero no solo era su micrófono, lo recargaba con su yo..., y estoy seguro que él, más allá de lo dicho comprendía.

Y Alberto, con esa colilla que está allí, cuando encendida entre sus dedos hablaba de los procesos del existir, la colilla formaba parte de sus palabras y ahora en el suelo junto al zapato, ya no son zapato-colilla sino pensamientos materializados. El proceso para conocer que la mente usa, ya no lo contarán Tavo ni Alberto, sino ellos con su lenguaje inerte.

La presencia absurda de borrador donde no hay pizarrón, que una noche alguien olvidó, se saturó de las tristezas que Franz Fanon, Mariátegui y Grunderfrank nos metieron como una nube negra y pesada en el muy pequeño lugar de nuestros miedos: la ominosa revolución que posible nos acecha, que deseosos esperamos pero a la que también tememos. El borrador volaba entre todos mientras Tavo, Alberto y yo, nos

empeñábamos en disgregar para metabolizar las premoniciones captadas.

El borrador sabe que evito verlo. No quiero que me repita la amenaza que se cierne y lo rechacé prefiriendo las carátulas de los Long play de Santana, los Carpenters, los Bee Gees y los Beach Boys, recostados contra la pared. Esos no hablan porque en sus pensamientos propios, guardan los sonidos de sus armonías, rayados hasta el fondo de su esencia.

Diez de la noche. Soy prisionero de las cosas.

Ahora la buhardilla está sola y asola soledad la descolorida y pálida luz que sobre mí pesa.

Las ideas, los ecos de las palabras y de las risas de mis amigos, pugnan por salirse de las cosas que me rodean mientras se esfuerzan por reprimir la sentencia, el sentimiento o la carcajada.

Los ruidos de la calle me llegan desde muy lejos colados por la cortina de mis pensamientos. El ruidoso acelerón de una motocicleta se echó de pronto sobre mis oídos para después alejarse y perderse, encajado en el silbido constante de una fábrica allá lejos.

La perdida onda de un viento insomne, revoloteó la buhardilla y me trajo el aliento que la tierra exhala cuando la besa el agua y desde la tibieza de mi cama, veo que la triste luz revive y fulgura, cuando la atraviesan las gotas gordas de la garúa, que fatalmente se aceleran para desplomarse raudas y sin consuelo contra el piso.

El rumor acuoso de la sonora fuente que me envuelve, elimina los otros ruidos.

Miro la buhardilla y la luz de neón a horcajadas sobre las cosas, sus extremidades de negro y hablándome desde el fondo: las formas.

Buenas noches.

Álvaro Amaya G., Guatemala, C.A. Reconstruido de un escrito de 1971.-Subido a www.megustaescribir.com el 15 de Ago.2017, Reeditado y Actualizado el 21 de Jun.2020.-Foto gratuita Pixabay.

Mi buhardilla en la pequeña terraza sin luz que simula patio, en el último piso del decrepito y viejo edificio que sólo tuvo pintura cuando fue construido, está en el barrio antiguo de la ciudad.

Suben los oscuros y fríos peldaños de granito y al pasar del tercer piso y ver hacia arriba, los ojos tropiezan con el techo de mi buhardilla. En mi

ausencia, la oscuridad disuade aventurarse por allí.

Desde el descascarado techo, el tubo de neón ennegrecido de cagadas de moscas, lanza la aburrida y triste luz que induce al estupidizante sopor de la indiferencia. Siempre lo repetimos pero no hacemos nada.

No hay puertas porque nadie del edificio quiere subir conmigo, sólo mis amigos, los de siempre, los fijados en mis lecturas que también son las tuyas.

Tener veinte años y leer para discutir filósofos de antaño es aberración precoz. "Es que aceleramos la vida, no porque queremos perforarla, la apuramos porque queremos huir de ella" explicó una vez Tavo. Sí, ya sé, deberíamos reventar ahumados con marihuana o hacer el amor hasta la náusea mientras oímos a Jetro O`Toole, pero así somos. Preferimos leer y discutir de esto y la nicotina, intuir para describir amor y que Mozart nos oiga cuando hablamos.

Sobre mi cama, echada de espaldas sobre el suelo porque carece de patas, nos tiramos todos a vaciar la vida que a tropezones, nuestro inexperto entendimiento traduce. Presumimos alambicar para sedimentar, pero nadie se engaña. Solo arañamos.

La buhardilla es un collage de ideas, de visiones y vivencias.

No puedo ver esta almohada sin pensar en la Zobeida y en su ansioso afán de vivir, en su desesperado deseo de experimentar la existencia como un vibrar de sensaciones clitoricas, como ella nos dice.

Esa tarde, la tarde que fija imagen el recuerdo, tenía ésta almohada acurrucada contra su pecho como se tiene a un gato. En subconsciente busca de esencia, se tocaba los huesos con las manos desnudas, mientras decía pensando o tal vez al revés pensando decía: "Si vivimos por vivir, sin usar el coco, ¿Qué nos queda?".

Por parca, fue triste la expresión que no pudo con el agobio de su mente. Hoy, la almohada está sola, arrugada y apaciguada de manoseos.

Apoyada contra la pared, me mira y me repite tristemente, ¿Qué nos queda?... ¿Qué nos queda?...¿Qué nos queda?...¿Qué nos...?

Tiempo, pasado, presente, futuro, tiempo, todo está aquí comprimido. Las cosas no tienen tiempo, son, están, nos viven robando el cerebro, reservando vida y atesorando lo que pensamos para después, hablarnos sin decirnos nada.

Me entristece cuando reiteran lo que sentimos porque con eso soy miseria

de respuestas. Incremento angustias cuando digo.

¿Y esta regla, separador de páginas?, acaso no fue ella quien me hizo escribir: "¡Altivo lobo soberano, bólido del infinito, patada a lo incoloro, amante de la flecha inmortal!"

Ahora está seria, pero un reflejo la refulge y me dice: ¿Lo recuerdas? ¡Ah bello Lobo Estepario! que a través de ella sigues hablando: "Persevera, sigue, no desmayes, une tu instinto al intelecto y lánzate que ya tienes tu red".

Y así, en el tiempo que solo por fuera transcurre, Hesse y la Zobeida y Bubber y Tavo y Camus y la Lupe y Alberto y Descartes y Álvaro y Aristóteles y la Luisa Amelia y Locke y Hume, hasta Neruda, Krisna Murti y Cortázar, todos se quedaron en las cosas, ya no morirán.

La cama de maderas y tensa lona blanca, siempre abierta sobre la terraza que desde la buhardilla veo porque tampoco hay puerta, me penetra, me induce para que en ella piense.

Sé que es un cerebro con las meninges al cielo. ¿Quién de nosotros no recostó sus melancolías, dudas, amores o alegrías sobre su absorbente y llana membrana?

Como siempre ve a las estrellas sabe que la intuición es el secreto de la luz del hombre.

Ella sabe de los amores que una vez Alberto vertió en los sentidos de la Lupe, los coloquios perdidos que buscaron asideros en los amores de Tavo y la Zobeida, ella sabe que una vez busqué sentido a mi tristeza en los besos de la Luis Amelia, ella lo sabe y a los que no la ven como cosa, se los cuenta con su sonrisa blanca.

Aquí no hay recuerdos, mi reclusa vida y la de mis amigos viven en presente, en ese papel, en ese poster, en esta piel de venado, ese cuero-himen, la virginidad perdida de la Zobeida o el chiste que sobre eso hicimos.

¿Y tú, mesa? ¡Mesa encarnación del burro, opinión cerrada, obtusa opinión que con tus cuatro patas sugeriste la idea!. "Hay gente que se cree santa solo porque es escrupulosa", me decís de Bergson repitiendo a Alberto y "Porque fe es algo más que pudor" agrega ese lápiz que se hace el indiferente, sumándose a las palabras que desde las cosas me inciden.

El sabihondo es ese cuaderno que presume de memoria solo porque alguien le grabó "... la duda metódica es el asqueroso y cínico método de llevar la vida de hoy. Cuando descartó el creer, la duda de ese René fue el punto de partida que nos desembocó en la nauseabunda nada de hoy..."

Cuando el viento bate sus páginas, es seguro que allí es donde siempre queda abierto y de nosotros, nadie certifica esas letras por no aceptar su existencialismo.

Ocho de la noche.

La luz blanca y triste se monta en las cabezas de las cosas y los miembros quedan a oscuras sugiriendo las formas, que a veces deforman.

La buhardilla está triste.

Entre el revoltijo de libros, papeles, las sábanas revueltas, colillas, la ceniza de cigarrillos, la intacta cajita de preservativos y la ropa tirada sobre el piso, se quedó en jirones la conversación de la tarde. Cada palabra se adueñó de cada objeto y ahora éstos revueltos, son las partes del rompecabezas de ideas, que más profusos que reflexivos armamos.

El que los conoce sabe lo que tiene en su interior, lo que cada uno puede decir.

Tal vez Tavo, cuando hablaba de lo imposible que es para el hombre alcanzar el clímax de su personalidad, miraba fijamente ese zapato tirado de costado. Sin saberlo, tal vez a él se lo decía, no sólo era su micrófono, lo recargaba con su yo y estoy seguro que él también comprendía.

Y Alberto, con esa colilla que está allí cuando encendida entre sus dedos, hablaba de los procesos del existir, la colilla formaba parte de sus palabras y ahora en el suelo, junto al zapato, ya no son zapato-colilla, sino pensamientos materializados. La historia del proceso mental, ya no lo contarán Alberto ni Tavo, sino ellos con su mudo lenguaje inerte.

La presencia absurda de borrador donde no hay pizarrón que alguien olvidó, una noche quedó saturado de las tristezas que Franz Fanon, Mariátegui y Grunderfrank nos metieron como una nube negra y pesada en el muy pequeño lugar de nuestros miedos: la ominosa revolución que posible nos acecha. El borrador volaba entre todos mientras Tavo, Alberto y yo, nos empeñábamos en disgregar para metabolizar las premoniciones soterradas.

El borrador sabe que evito verlo. No quiero que repita la ominosa amenaza que se cierne y lo rechacé prefiriendo las carátulas de los Long play de los Carpenters, los Bee Gees y los Beach Boys, recostados contra la pared. Esos no hablan porque ya guardan los ruidos en las armonías de sus pensamientos propios.

Diez de la noche.

Soy prisionero de las cosas.

Ahora la buhardilla está sola. Asola soledad la descolorida y pálida luz que sobre mí pesa.

Las ideas, los ecos de las palabras y de las risas de mis amigos, pugnan por salirse de las cosas que me rodean, mientras se esfuerzan por reprimir la sentencia, el sentimiento o la carcajada.

Los ruidos de la calle me llegan desde muy lejos colados por la cortina de mis pensamientos.

El ruidoso acelerón de una motocicleta se echó de pronto sobre mis oídos, para después alejarse y perderse encajado en el silbido constante de una fábrica allá lejos.

La perdida onda de un viento insomne, revoloteó en la buhardilla y me trajo el aliento que la tierra exhala cuando la besa el agua.

Y desde la tibieza de mi cama, veo que la triste luz revive y fulgura, cuando la atraviesan las gotas gordas de la garúa que se aceleran, para desplomarse raudas y sin consuelo contra el piso.

El rumor acuoso de la sonora fuente que me envuelve, elimina los otros ruidos.

Miro la buhardilla y la luz de neón a horcajadas sobre las cosas, sus extremidades de negro y hablándome desde el fondo: las formas.

Buenas noches.

Álvaro Amaya, Guatemala, C.A..-